

## DILES, CADÁVER, QUE NO ES VERDAD

Carlos Albert Medina Monroy

—Buenos días, tiita, te he traído el desayuno.

La ciudad se sacude una última vez y los gallos del vecindario se ponen de acuerdo para desvirgar otra mañana cargada de tiriteras. Martín sostiene platos con panes calientes, huevos humeantes y jugo de mango.

—Hola hij..., ¡ay, Martincito, no te hubieras molestado! —ríe una señora de cabellos grises y mirada dilatada, escondida entre sábanas sucias: cierto rubor coqueto colorea sus mejillas.

“Te has estado castigando nuevamente, vieja cochina” farfulla él mientras acomoda los alimentos en la mesa de noche. Luego, se acerca a darle a su tía un beso en la mejilla. No puede evitar pensar en el mar de Chiclayo.

—¿Hoy sí te quedas a almorzar, no, Martincito? —le interroga la señora sin atreverse a salir de su cama.

Él se excusa; le dice que le encantaría, que tiene mucho que hacer, que lo siente. La mirada de su tía baja tristemente desde los ojos del muchacho hasta su pecho, sus brazos y su torso. Finalmente, asiente con torpeza y comienza a desayunar en silencio. Martín se despide y, luego de cepillarse la boca, sale de la casa.

Para un taxi y olfatea el interior. El conductor hace una mueca de incomodidad.

—Maestrazo, ¿cuánto una carrera acá a la Amargura?

—Cinco solcitos, joven.

—¿Qué? ¿Cinco? ¿Está usted loco? Míster, yo soy más andahuaylino que Arguedas.

—Suba, suba, que el tomo ahorita me cuadra.

Martín trepa al destartado auto y saca su iPod del bolsillo.

—Qué frío hace, ¿no?

—Aquí siempre es así, joven. Ya es normal esto. ¿No dices que eres de acá?

—Sí, pero hace tiempo que no venía —desvaría el chico mientras mira a través de la ventana— cómo ha cambiado todo...

—Ahora hay cosas bien bonitas... Hasta cine tenemos. Ayer nomás mi hijo me estaba pidiendo plata para irse al 3D con sus amigos. La minería, dicen.

—¿Ah, sí? Debe de ser chibolo, de mi edad.

—Más o menos, tiene sus quince años. Pero esos, los sátrapas del barrio, ya me lo están maleando... —dice y se queda pensando por unos segundos— vas a tener mucho cuidado, joven. Mucha delincuencia hay.

Martín se ríe. Ha guardado el iPod y ahora juguetea con la navaja suiza que Jazmín le ha regalado.

—Lo sé, ya le dije que soy de acá.

—¡Na! no le creo— canta el chofer— limeño pareces.

Del estéreo suena una canción en inglés. *Party rock anthem*, Martín la reconoce de inmediato y recuerda su primera academia de idiomas, en la Plaza de Armas, a apenas siete cuadras de donde está ahora.

—¿Y qué lo trae por aquí?

—Pues... En realidad estoy aprovechando que me voy a Puno para visitar a la familia. Usted sabe —dice él— siempre es bueno.

—Siempre, siempre, joven.

—Sí, además el amigo con el que vivo me botó del departamento para que- darse con su enamorada todas las va- caciones.

Una carcajada doble opaca la canción que termina.

—Ay, estos jóvenes de ahora —ríe el chofer— bien pendejos son.

—Sí, pues. Es la muerte mi amigo.

—¿De Lima, también?

—Que soy andahuaylino, le digo, maes- tro. Él sí, de Lima.

—Mucho cuidado con los limeños, jo- ven —advierte seriamente el conduc- tor— vivos son.

Martín niega con la cabeza, piensa en Julio, sus ojos brillan.

—No pasa nada, ah. Puro blablabla.

—Ojalá, pues —responde el taxista— Porque mi chato se quiere ir a estudiar chef. ¿Se gana plata, dice?

—Pucha, qué le digo. Se gana plata hasta lavando carros, ah, pero uno tam- bién tiene que ser bueno, destacar... Por ejemp... ¡maestro! ¿Qué hace? do- ble por acá nomás. Piérola sigue siendo doble sentido, ¿no?

—Mmmm... Tasumar... Sí, sí, tiene ra- zón —murmura el taxista— Jajaja, ha- bías conocido, joven.

—Claro, pues —dice el muchacho rién- dose— qué pasa míster. Limeño parece.

Al llegar, Martín saca una moneda gran- de de la billetera y se la entrega al con- ductor.

—Cóbrense cinco, paisano —le sonríe a través del re- trovisor. El taxista tarda en reaccionar— coja, coja, antes de que me arrepianta.

Baja del auto y camina durante algunos minutos. Hace mucho frío: sobre su frente, el sudor se arre- molina y dibuja estelas de vapor en el aire. Llega al pasaje Santa Elisa y gira hacia la derecha, camina media cuadra y se mete por una callejuela, llega hasta el fondo, está temblando. De pronto, un hom- bre salta encima de él y lo somete contra el suelo.

—¡Contraseña, conchatumare! —grita el tipo mien- tras agarrota su nuca con fiereza.

—¡Tiza, traigo tiza!— le responde Martín rápidamen- te— ¡Aquíétate! El pato me ha mandado dos balas.

El hombre se pone de pie y se limpia la ropa, Martín se incorpora lentamente, le echa un vistazo: sobre su cuello cuelga una cadena de mecánica.

—¿Tú eres cadáver? Mocososo de mierda, enséñame la marca —dice el hombre, receloso.

Martín hace una mueca de fastidio y saca su navaja del bolsillo, enciende la luz ultravioleta, se remanga la camisa.

—Cuatro círculos, perro —lo mira descomedido Martín— Más te vale que no me hayas dejado nin- guna marca en el cuello.

El hombre asiente y se inclina torpemente, como queriendo reprimir un acto reflejo. Aún mira el bra- zo del muchacho.

—Famoso te ha vuelto esa chaveta.

Martín gira una ruedilla escamada y contrae la lin- terna hacia su posición original. Guarda la navaja en su bolsillo.

—La varita no hace al mago, grandulón, ¿qué no miras tele? —responde el muchacho mientras saca unos paquetes oscuros de su bolsillo— Toma, coge. ¿Dónde está la plata?

—Banco de la Nación, ventanilla cinco —informa el hombre y guarda la mercadería en una mochila—

Es una china chata. Le preguntas si está lista para almorzar.

“Patético” piensa Martín. Se irgue completamente y termina de sacudirse el polvo del pantalón.

—Ojalá que me diga que sí, ¿no? —Contesta— listo, eso es todo.

—Espera, espera —lo detiene el hombre— ¿De verdad vas a enterrar tu cuchillo? —le pregunta— ¿Es cierto lo que dicen? ¿Vas a salirte?

Martín lo ignora y empieza a caminar, un viento gélido centellea en su piel.

—Mejor quédate, cadáver —continúa el hombre— Te busca la policía. Ya no puedes escapar. Entiende. Si te quedas te podemos esconder.

El muchacho se detiene unos instantes y agacha la mirada. Algo se desinfla dentro de él y siente una noche oscura tamizándose sobre su cuerpo. El hombre detrás de él carcajea, pero apenas hace ruido. Martín empieza a correr hacia la calle. Una vez fuera, agita las manos con furor.

—Al Banco de la Nación —ordena tras subir al primer carro que se detiene.

—Seis soles.

—Vamos, vamos —responde mientras marca un número en su celular.

Espera un momento. Nadie le contesta. Vuelve a timbrar.

—¿Aló? ¿tiita?

—...

—Sí, Martín.

—...

—¿Ocupada, tía?

—...

—Es que ha surgido un inconveniente.

—...

—No, no, yo estoy bien, pero tengo que adelantar mi viaje.

—...

—No, tía, para ahora.

—...

—Ya luego le cuento, ¿sí?

—...

—Ajá. Paso por mis cosas en veinte minutos, no vaya a salir.

— ...

—Listo, tiita, dele una limpiadita a la casa, algo olía mal en la mañana —cuelga Martín.

—¿De visita, muchacho? —sonríe el taxista.

—¡Qué le importa, mierda! —responde colérico—. ¡Lléveme al Banco de la Nación!

El conductor resopla e incrementa la velocidad. Martín aguarda los cinco minutos del trayecto en silencio. Al llegar, paga con un billete y baja presuroso. Se restriega los ojos y entra al banco. Tras la ventanilla número cinco, escondida por un cartel de “Pase al siguiente módulo”, una muchacha de rasgos orientales se desbasta las uñas.

—Hola —susurra el chico cuando llega frente a ella— ¿Te invito a almorzar? —La chica, que miraba hacia otro lado, da un salto del susto.

—¿Quién eres tú?

—¿Cómo que quien soy? —se extraña Martín—. El cadáver, pues. Vine por la plata.

La muchacha lo mira con pavor y niega con vehemencia. Luego, retrocede lentamente y pide ayuda con un grito. La poquísima actividad financiera se paraliza por un momento. Un guardia de seguridad se aproxima corriendo.

—¿Qué pasa?

—¡Es un ladrón, me pide dinero! —acusa la muchacha.

—No, no... tiene que haber un er...

Un varazo le cae sobre la boca y lo silencia. Frente a todos, es arrastrado hasta la puerta del edificio.

—Lárguese —le advierte el guardia— lárguese o me lo cargo a la comisaría.

Martín no responde nada: está en *shock*. Empieza a caminar por la avenida y escucha, a lo lejos, una banda de músicos que toca un huaino de moda. Le hubiera gustado estar allí: bailando, riendo, siendo nuevamente él después de tantos años. Ahora llora. Un hilo de sangre nace de sus labios y sus pies se arrastran pesados, como en la época del colegio, cuando solía correr con Julio sobre su espalda. ¿Eso era todo? Había hecho decenas, cientos de planes para el dinero que tendría que haber recibido de la organización esa mañana y ahora, que le habían dado la espalda, todo le parecía terriblemente cómico, absolutamente irreal.

“Solamente quería rehacer mi vida, solamente quería eso, una oportunidad” piensa él. Nunca había podido tomar decisiones realmente importantes y su historia estaba salpicada de malas pa-

sadas: Había hecho cosas terribles y cosas terribles le habían pasado desde que era un niño. La fortuna, esa fortuna que todos conocieron alguna vez, jamás le había regalado una sonrisa a Martín. Ni una sola.

“Pero sigo vivo. Todavía estoy aquí. No todo puede estar perdido” cavila en voz baja. Un aire frío le azota el rostro y siente el perfume de su madre animándole a sonreír. “No necesito tanta plata, llego a la frontera y listo, desaparezco” razona el muchacho. Ha llegado a la casa de su tía, levanta el brazo y toca el timbre. “He luchado toda mi vida para hacer lo que otros querían. ¿Por qué no luchar ahora por lo que yo quiero?” se convence.

—Martincito, hijo, pasa, me tenías preocupada.

—Hola tiita, voy a alistar mis cosas —Martín se mete a su cuarto presurosamente—. Tengo que darle el alcance a un amigo, en un ratito te explico.

Empieza a abarrotar su maleta con ropa sucia, pero algo le incomoda en el pecho y ya ni siente el perfume de su madre sobre su rostro. Su tía entra lentamente a la habitación.

—He llamado a la policía... —tartamudea.

—¿Qué... tía, qué está pasando?

La señora, frente a él, tiene una expresión sombría, terrible. Sus dientes castañetean y sus dedos se retuercen bravamente entre ellos. Sus ojos se han apagado totalmente y el rubor de la mañana se ha marchado dejando a su paso una escalofriante palidez.

—Saliste en la televisión esta mañana. Los periodistas dijeron... —su voz tiembla un poco y su rostro se descompone.

—¿Qué? ¿Qué cosa dijeron? —pregunta el muchacho a pesar de saber perfectamente la respuesta.

—...que mataste al amigo con el que estabas viviendo —su tía cae de rodillas y comienza a llorar—. Martincito, hijo —los sollozos sacuden su cuerpo estropajoso—. Diles, diles que no es verdad...

Unos golpes en la puerta estremecen al muchacho. Fuera se oyen voces masculinas, como si todas las patrullas de esa pequeña ciudad estuvieran ahí fuera, aguardando por el asesino. En el suelo, la prima de su padre solloza dulcemente y le recuerda a la mujer a la que le encargaron matar cuando apenas tenía dos círculos. En su mente, la rabia nubla los pensamientos y, en su alma, la pena aplasta a la piedad. Martín lanza un resoplido, se frota la nuca, despabila los ojos. Entonces despierta de su letargo y —una vez más, una última vez— desliza su mano hacia su bolsillo colmado de muerte.

## **DADO POR MUERTO**

**Renzo Mario Villagoya Arias**

Por un momento y tras esa puerta, todo estuvo claro, por un momento, la claridad y los gritos se transformaron en miedo, el miedo rápidamente en pánico y el pánico enmudeció frente a los gritos desesperados de aquellos hombres, si es que algo de humanidad quedaba en ellos, que alargaban sus manos tras los barrotes con la intención de tomarlos... no, de despedazarnos.

Dentro de una situación normal, el plan sonaba brutalmente tonto, y hasta por demás irracional: salir del centro comercial y dirigirnos al edificio de enfrente el cual creíamos tenía un helipuerto con la esperanza de ser recogidos allí. Parecería absurdo pensar que alguno de nosotros necesitaría un helicóptero en algún punto de nuestras vidas, pero como dije, solo dentro de aquel escenario y en un día normal, lo era, pues en este preciso instante y dadas las circunstancias, ese lejano helicóptero y el cómo cruzar ese mortal kilómetro entre el centro y el edificio, era todo lo que existía. Me parece increíble haber podido sobrevivir al primer ataque, yo, siendo alguien que jamás levantó un arma en su vida ni tuvo necesidad de defenderse, haya podido lidiar con tantos de ellos. No sé cómo empezó ni cuándo llegaron, solo que intempestivamente los gritos y la locura se apoderaron de todo el lugar tan rápido que por más que me esforzaba, simplemente no lo podía entender. Sí, tuve mucha suerte, luego del *shock* de ver cómo las personas se mordían unas a otras, de la sangre que chorreaba desde los niveles superiores y de esos ojos blancos que se acercaban a mí por doquier a una velocidad demoniaca que simplemente me tenían petrificado, al fin pude moverme y correr. Tal vez nunca hice nada de lo que les comenté, pero correr, sí, eso sabía hacerlo muy bien. ¿Alguna vez se pre-